

La conciencia indígena y los derechos de la Madre Tierra

Los derechos de la Madre Tierra nos plantean un cambio civilizatorio profundo, que cuestiona todas aquellas lógicas antropocéntricas dominantes y que nos obliga a asumir otras opciones de vida que reconozcan en la práctica que los animales, las plantas, el suelo y los ecosistemas tienen el derecho inherente a existir. Quienes se esfuerzan comprometidamente en vivir en relación con este derecho básico constituyen actualmente los nuevos gérmenes de civilizaciones más avanzadas del planeta, puesto que se niegan a seguir reproduciendo los vicios suicidas que nos han conducido a esta crisis ecológica cuyo origen, sin lugar a dudas, se encuentra en la persistente y ciega acción depredadora humana.

JUBENAL QUISPE

Indígena quechua, de formación abogado, teólogo y antropólogo, según la academia occidental. Actualmente acompaña procesos reafirmativos de movimientos indígenas mayas en Centroamérica. Es corresponsal de diferentes medios virtuales alternativos en Europa y América Latina.

Al abordar la correlación entre los movimientos indígenas y la crisis ecológica, las y los “especialistas” en el tema asumen, por lo regular, dos posturas excluyentes entre sí: unos dicen que los pueblos indígenas somos esencialmente cuidadosos,

jardineros de la Madre Tierra, mientras otros afirman que somos, por nuestra condición de empobrecimiento, uno de los responsables de la crisis ecológica, específicamente por las técnicas agrícolas de tala y quema que solemos utilizar.

El Informe Brundtland de las Naciones Unidas, titulado *Nuestro futuro común*, de 1987, identificó la situación de pobreza en la que viven grandes porcentajes de la humanidad como una de las causas de la crisis ecológica. En otras palabras, los empobrecidos —y como parte de ellos los pueblos indígenas— somos los responsables de la situación crítica del planeta. En los últimos años, esta postura de la Organización de las Naciones Unidas

(ONU) ha ido variando hasta reconocer a los pueblos indígenas como los guardianes más eficientes en el cuidado y cultivo de la megadiversidad de los ecosistemas en sus territorios.

Desde mi experiencia existencial, estas categorizaciones casi maniqueas no corresponden a la realidad. No todos o todas los que nos asumimos como indígenas tenemos la conciencia *Tierra* o vivimos las ecoespiritualidades. Pero tampoco somos los o las responsables de la crisis ecológica en sus diversas expresiones. En otras palabras, la gran mayoría de indígenas, articulados en los cerca de cinco mil pueblos en el planeta, estamos habitados por el antropocentrismo. Por tanto, denominamos a la Madre Tierra como naturaleza (cosa inerte, sin conciencia), y la dominamos y maltratamos como cualquier cristiano, musulmán o judío que tiene a su Creador en el lejano cielo y concibe a la materia como cárcel y enemigo del sublime espíritu. Aunque también es verdad que en nuestra conciencia individual y colectiva resuenan las partículas de la reminiscencia milenaria de nuestra identidad *Tierra*, opacada por el ruido y los deseos estridentes de la modernidad. Muchos somos genética y discursivamente indígenas, pero cultural y espiritualmente estamos desligados y enemistados de nuestra Madre Tierra.

El antropocentrismo y la desacralización de la Madre Tierra son dos de las causas que originaron el desequilibrio climático, hídrico, energético, alimenticio y humano en el que se encuentra el planeta. Nosotros indígenas, colonizados en nuestros conocimientos, sueños y deseos, hemos caído presos de estas dos equivocaciones.

La modernidad y las religiones monoteístas nos inculcaron y nos hicieron creer en la falsa conciencia de la superioridad humana frente al resto de la comunidad cósmica. Occidente, con todos sus filósofos clásicos, nos engañó con la mentira de que el humano es el centro, la medida y el fin de todo cuanto existe; que los únicos seres o sujetos con derechos somos los humanos (por nuestra condición de racionalidad, voluntad y conciencia). Esta falsedad se afianzó en el mito religioso del humano como la única imagen y semejanza del Dios celestial que habita en el cielo y en los templos, pero ya no en el libro sagrado de la creación.

Con estas mentiras, el moderno sujeto civilizado, montado en su maquinaria, perdió el respeto a la sacralidad de la Madre Tierra, y la devasta hasta más allá de su capacidad regenerativa. Ello ha sucedido porque siempre está persiguiendo su insaciable e infi-

nito deseo de producción-consumo-confort, llamado desarrollo.

NUESTRA CONDICIÓN DE COLONIALIDAD Y EL MESTIZAJE SUFRIDO NOS PREDISPONE A AGREDIR A LA MADRE TIERRA

Uno de los grandes legados que nos dejó la Colonia fue el aprender el modo de pensar, sentir y hacer de los colonizadores habitados por el dios del metal. Aprendimos que sus vicios endémicos son virtudes. Aprendimos a desear y a soñar con las malas costumbres que atentan contra la dignidad y la vida de nuestra Madre Tierra.

Nuestros abuelos milenarios nos educaron en la sobriedad de la vida. Nos enseñaron a tomar de la Madre Tierra solo lo necesario para convivir con dignidad. Pero ahora, el espíritu de la acumulación del capital nos habita a tal punto que nos hemos convertido en los nuevos *ecosidas* irresponsables. Revisemos cuáles son nuestros sueños materiales. Y preguntémonos si nuestra madre tiene la capacidad para generar tantos bienes como para satisfacer los infinitos deseos de consumo de los más de 7 mil millones de humanos que coexistimos en el planeta.

La persistente colonialidad del saber y del poder cambió diametralmente nuestra jerarquía de valores. Antes, el cuidado, la cooperación y la ecoespiritualidad eran bienes importantes. Ahora soñamos con los valores éticos de la competencia, de la eficiencia, del progreso, de la racionalidad insensible. Esta configuración ética y moral es producto de la educación, adoctrinamiento religioso y envenenamiento de los medios masivos “de desinformación”.

En éste y en otros sentidos, la educación occidental mercantil nos hizo mucho daño. El mestizaje violento y racista también contribuyó al divorciarnos, aislarnos de las vibraciones y el pulso de nuestra Madre Tierra. Los aparentes y extraños estados nacionales nos obligaron a renunciar a nuestras identidades interdependientes de ella, a cambio de permitirnos ser “cuasi” ciudadanos.

Antes éramos cuidadores, jardineros de las diferentes formas de vida en la comunidad cósmica. Ahora, para ser ciudadanos y modernos, debemos ser productores (olvidando que es la tierra la que produce) y consumidores compulsivos. Así, vamos corriendo tras la ilusoria modernidad cuando algunos, en el lugar de origen de la modernidad, comienzan a transitar el camino de la reconciliación con la Madre Tierra.



TAREA / JULIA VICUÑA

En este contexto, el gran reto que tenemos cuantos nos asumimos como indígenas es comenzar a reconciliarnos con ella. Reconstruir nuestra identidad *Tierra*. Asumirnos, sin complejos, como parte horizontal de la comunidad cósmica. Reconocer que todos los otros seres también son portadores de dignidad y de derechos. No somos, ni nunca fuimos, el centro, ni el fin, ni la medida de la realidad o de todo cuanto existe. Somos una "cofinalidad" con todos los otros seres materiales y espirituales que coexisten con nosotros, y creamos e inventamos una infinidad de redes de interrelación. Nuestro camino no es la competencia ni la dominación. Nuestro camino es la cooperación. Nuestro destino es la comunidad: la comunidad cósmica.

Esta tarea implica necesariamente desaprender lo que aprendimos como verdades absolutas. Necesitamos adiestrarnos en el método de la sospecha y de la duda-pregunta permanente. Debemos zafarnos del corsé de la academia y de las universidades, que se presentan como las únicas fuentes y depositarias del conocimiento. Éstas solo saben lo que Occidente les dice que sepan. Nuestros conocimientos no están allí. Así como el Universo y el Pluriverso se encuentran en permanente expansión y consolidación, también los conocimientos se encuentran en permanente construcción. No existen verdades absolutas, ni modos únicos de construirlas.

La razón occidental es incapaz de conocer las razones de la Madre Tierra. Al palpar de su corazón se accede mediante la ritualidad y el sentimiento pensante. Debemos abandonar la idealización de los grados y títulos académicos y de la cultura escrita, ya que son fetiches del conocimiento y estatus social. El mundo actual está *patas arriba*, ¿por culpa de qué gobiernos? La ilustración

y la Modernidad devastaron el planeta en menos de tres siglos. Pero a nuestra madre le llevó cientos de millones de años crear las condiciones adecuadas para cobijar las diferentes formas de vida. Nuestros abuelos subsistieron y convivieron en ella y con ella miles de años.

Otras camisas de fuerza de las que debemos liberarnos los pueblos indígenas son el autoritarismo de los Estados nacionales y las religiones monoteístas. Para nosotros, en estos 200 años de repúblicas latinoamericanas no ha existido el Estado, entendido como garante de los derechos y facilitador de la construcción del bienestar integral común. No nos sentimos parte, ni representados, por los Estados nacionales desde sus orígenes. Por eso tampoco formamos parte de su historia. Su autoridad no es legítima para nosotros. En el mejor de los casos, a los Estados nacionales los vimos y sentimos como los agentes violentos del colonialismo interno, que avasallaron nuestros territorios. Cuando aguantamos y nos inmolamos por el bienestar de sus dueños, nos toman por "indios" permitidos. Pero cuando nos organizamos y exigimos nuestros derechos y los derechos de nuestra Madre Tierra, nos reprimen como a los enemigos internos del Estado.

El monoteísmo no es amigable con la diversidad, ni con la interrelación. La religión monoteísta engendra violencia porque su misión esencial es anular y convertir al otro diferente. Y, como la Madre Tierra nos engendró y concibió abiertos a la diversidad, entonces el misionero monoteísta (agente del monoculturalismo) colisiona con esta realidad. Allí nace la violencia, la fragmentación, la exclusión. Las doctrinas monoteístas fueron acuñadas y son sostenidas con la finalidad de legitimar la dominación de unos pocos privilegiados a costa del dolor de las grandes mayorías. Las y los indígenas sabemos, por

propia experiencia como pueblos, qué recursos utiliza el monoteísmo para la colonización permanente. Éste no permite la interrelación porque plantea la unicidad-uniforme como el ideal perfecto. No admite la sacralidad del universo, ni de la Madre Tierra, porque lo sagrado es monopolio del Dios desconocido ahistórico que habita fuera del Universo y del Pluriverso.

Si apostamos por el disfrute pleno de nuestros derechos y la garantía de los derechos de nuestra Madre Tierra, los pueblos indígenas debemos transitar hacia la autodeterminación en nuestros territorios reconstruidos. Desde allí, es inevitable impulsar procesos de construcción de Estados plurinacionales. Aunque también somos conscientes de que no necesariamente la humanidad nació con Estados, ni está condenada a subsistir bajo éstos. Debemos transitar de las religiones mal aprendidas a la fase de las espiritualidades interculturales. Las religiones son dogmas, jerarquías, exclusiones. Las espiritualidades son vivencias transformadoras que nos predisponen a la fecunda y creativa comunidad cósmica, y nos motivan a construir un mundo equilibrado e intercultural.

LOS DERECHOS DE LA MADRE TIERRA EN LA AGENDA DE LOS MOVIMIENTOS INDÍGENAS

Los procesos de resistencia indígena son tan antiguos como los procesos de violación sistemática de nuestros derechos. Debido a las circunstancias históricas y a la organización territorial impuesta por el sistema colonial y republicano, la gran mayoría de las inconclusas resistencias indígenas fueron locales.

En los últimos tiempos, la acumulación histórica de las resistencias indígenas cobra un nuevo dinamismo ante el advenimiento del violento sistema neoliberal, el derrumbe de las fronteras locales producto de la globalización, y de la la reminiscencia del quinto centenario de la invasión europea. Los pueblos indígenas, organizados en núcleos, se han convertido en los nuevos sujetos colectivos sociopolíticos que emprenden procesos de transformaciones estructurales en las sociedades y Estados latinoamericanos.

Las demandas de los indígenas amotinados o sublevados, en diferentes tiempos y espacios de *Abya Yala*, estuvieron centradas en la exigencia de la suspensión de los trabajos, tributos y abusivos impuestos, y en el reconocimiento de la autonomía territorial de los pueblos indígenas. Túpac Amaru II y Micaela Bastidas (Perú), Túpac Katari y Bartolina Sisa (Bolivia), Lempira (Honduras), Cuauhtémoc (México), Tecun Uman (Guatemala),

Anastacio Aquino (El Salvador) y otros lucharon no solo por la autonomía política, sino también por la restitución de los territorios.

En el imaginario de los pueblos indígenas, el territorio no es solo el espacio físico y geográfico explotable, como se asume en el pensamiento occidental. Para nosotros, el territorio es vida. Es la manera como concebimos y organizamos nuestra coexistencia en ese lugar. Implica el reconocimiento de la existencia de cuencas hídricas, bosques, espacios del subsuelo y atmosféricos, y la manera de interrelacionarnos e interactuar con estos y otros seres.

Ahora bien: cuando nuestros ancestros se inmolaban defendiendo su derecho al territorio, ¿estaban también pensando en los derechos que asisten a los ríos, a los bosques, a la Madre Tierra, etcétera? No lo creo. La noción de derecho, como la facultad que tiene el sujeto individual, no debe de haber estado en la concepción indígena de ese tiempo. De lo que sí estoy seguro es de que mis abuelos y padres me inculcaron que todo está interrelacionado. Por lo tanto, la noción de derecho existía, pero no como esa “facultad individual de exigir lo que me corresponde”, sino como ese modo de actuar correcto (*chanin ruway* o *allin ruway*. Hacer lo correcto para garantizar el equilibrio en el marco de la reciprocidad).

Todo cuanto nos rodea tiene dignidad y su razón de ser en la medida en que garantiza el equilibrio cósmico. Por eso, mis padres me enseñaron a pedir permiso con una ofrenda ritual a la Madre antes de escarbarla para sembrar, y a agradecerle por su fecundidad. Me indicaron los nombres y los lugares donde habitaban los *Apus* (espíritus protectores). Me inculcaron que la Madre Tierra tiene hambre y sed, al igual que los *Apus* y los ancestros, y que por eso debía alcanzarle ofrendas y brindarle las comidas de fiesta. Aprendí que la Madre Tierra, los cerros, los bosques, las nacientes de agua y los caminos, tienen espíritus vivos, y que exigen sus contribuciones en reciprocidad por la protección y los beneficios que nos conceden.

Mi experiencia, que, creo, no es muy diferente a las de muchos quechuas, aimaras, mayas o aztecas, me indica que la noción simbólica de la dignidad, conciencia e identidad de los otros seres no humanos estaba y está presente en el pensamiento ritual y en las espiritualidades de los pueblos. La noción de derecho (lo correcto), dentro de la lógica de la reciprocidad, estaba y está contemplada para los demás seres que cohabitan en la comunidad cósmica.



Por tanto, decir que el discurso de la demanda de los derechos de la Madre Tierra en los movimientos indígenas contemporáneos es un discurso fabricado por el ambientalismo occidental *oenegero* peca de simplicidad en el análisis. No todos los indígenas que resistimos ante la invasión de las hidromineras somos capaces de explicar (en categorías y terminologías occidentales) eso que sentimos y vivimos en los ritos o ceremonias espirituales; menos aún si hemos sufrido procesos de mestizaje y cristianización más profundos. Pero sí sabemos que los ríos sienten, hablan y lloran; que los bosques juegan y se quejan; que las flores coquetean y se enamoran de los insectos. Conocemos que la razón de ser de los ríos, bosques, suelos y animales no es la felicidad o la plenitud del ser humano. Ellos y ellas tienen derecho a coexistir en equilibrio con los demás seres, incluido el humano. Pero ¿cómo hacer que esto se entienda, cuando el interlocutor mestizo o indígena está poseído por la racionalidad y la objetividad antropocéntrica y el deseo de la acumulación capitalista?

¿POR QUÉ LOS ESTADOS NACIONALES NOS PERSIGUEN A LOS MOVIMIENTOS INDÍGENAS COMO ENEMIGOS INTERNOS?

En la medida en que la crisis financiera del *sistema-mundo-occidental* se expande y profundiza, el sistema neoliberal, que convirtió a los Estados criollos en su gendarmería, acelera el avasallamiento sobre los territorios indígenas, antes desechados por el sistema colonial y republicano. Ya escarbaron y depredaron para generar activos frescos que oxigenen al sistema desfallecido, pero no les es suficiente. Ahora vienen por todo (los recursos naturales) y entran en todas partes.

Los conflictos socioambientales, generados en los últimos tiempos por la tercera ola invasiva, esta vez de las empresas hidromineras y de los monocultivos en nuestros territorios, tienen varias explicaciones. El asunto no es solo el incumplimiento del derecho al consentimiento de los pueblos por parte de los Estados. En el fondo de estos conflictos está la concepción que la oficialidad de las élites dominantes tiene sobre nosotros.

Para ellos, y para los agentes internacionales del sistema neoliberal, nosotros no somos seres humanos. Según ellos, los derechos humanos nunca fueron pensados para aquellos que no fuesen blancos. Firmaron convenios y declaraciones sobre la universalidad de los derechos humanos, pero ellos se consideran más humanos que otros. Ellos permitieron que estuviésemos en sus Estados en la medida en que soportáramos en silencio el maltrato y la exclusión. Jamás nos asumieron como ciudadanos plenos. Por eso, cuando nos quejamos o protestamos exigiendo el respeto a nuestros derechos colectivos, su reacción es violenta y represiva.

En la Colonia, el aborígen bueno era el aborígen muerto (bautizado), que labraba en las haciendas o escarbaba en los socavones. En la República, el aborígen permitido era el aborígen sumiso, presto para la servidumbre, agente del Estado colonial. Entonces nuestra presencia no era incómoda para ellos, porque estábamos desterrados en territorios o zonas geográficas que no eran de interés para el capitalismo nacional e internacional. Ahora nuestra presencia es incómoda porque el neoliberalismo escarba y encuentra riqueza natural, que puede convertir en dólares y en oxígeno, en esos territorios a los que nos empujó y recluyó el sistema republicano.

Nos dicen: “También de aquí tienen que salir porque aquí hay recursos naturales para generar divisas”. Pero nosotros ya no hallamos hacia dónde huir: resistimos y exigimos nuestros derechos. Entonces, los Estados neoliberales nos acusan de terroristas, “perros del hortelano”, culpables del atraso de los países. Nos declaran enemigos internos de los Estados. Así argumentan y justifican la sistemática represión policial-militar como solución a la protesta social creciente.

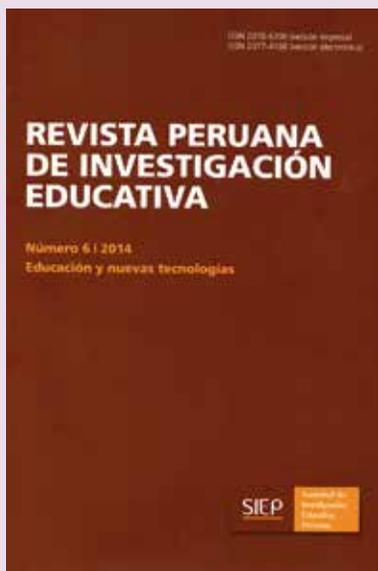
El sistema neoliberal ha declarado una guerra sin cuartel a los movimientos indígenas. No solo porque defendemos y exigimos nuestros derechos, sino porque también exigimos los de nuestra Madre Tierra. El sistema neoliberal es esencialmente antiindígena y su enemigo, no solo por su impacto nefasto, sino por su concepción utilitarista y antropocéntrica.

Estamos en una lucha desigual. Pero éstos son otros tiempos. Ahora, indígenas o no, por la evidente crisis ecológica, estamos obligados a repensar nuestro estilo de vida y nuestras opciones. Antes las luchas indígenas solo fueron comprendidas y asumidas como agendas sectoriales, de interés y beneficio solo para nosotros. Ahora la contienda se libra entre un proyecto de vida

y otro de muerte. Y su desenlace define el presente y el futuro de todos.

Desde los pueblos indígenas, en especial desde los núcleos donde la reconstrucción de las identidades y espiritualidades es más profunda, ya no existe la diferencia excluyente entre los derechos humanos y los derechos de la Madre Tierra. Los derechos humanos individuales y colectivos dependen de los derechos de la Madre Tierra. Por tanto, las luchas indígenas por el territorio y la autodeterminación están implícita o explícitamente permeadas por sueños de otros nuevos modos de convivir en la comunidad cósmica.

Si bien políticamente debemos avanzar para convertir nuestra mayoría demográfica en mayoría política, como ocurre en Bolivia, también tenemos la tarea fundamental de cambiar nuestros estilos y proyectos de vida por modelos más fraternos con la comunidad cósmica. Podemos ser gobierno, refundar los Estados criollos y convertirlos en Estados plurinacionales, cambiar las racistas constituciones políticas criollas e introducir leyes interculturales e incluyentes. Pero si en nuestros territorios seguimos reproduciendo los vicios suicidas de la colonialidad que tanto criticamos, ningún cambio será sostenible ni real. **T**



REVISTA PERUANA DE INVESTIGACIÓN EDUCATIVA

Número 6 | 2014

Educación y nuevas tecnologías

- **Medios digitales e inclusión social** / Mark Warshauer y Melissa Niiya
- **Más allá de las explicaciones comunes: La incorporación de la tecnología y la cultura digital en el aula** / Judy Kalman
- **Leer en línea en el aula** / Daniel Cassany y Boris Vázquez
- **“Tecnología, pero ¿dónde?”: Decisiones y concepciones de los docentes en relación con el uso de la tecnologías digitales en el aula** / Enna Carbajal
- **Factores de eficacia escolar en el uso de laptops del programa OLPC** / Micaela Wensjoe, Santiago Cueto, Alan Sánchez, Guido Meléndez y Olga Namen
- **Niños y adolescentes frente a las nuevas tecnologías: Acceso y uso de las tecnologías educativas en las escuelas peruanas** / Patricia Ames

SIEP

Sociedad de
Investigación
Educativa
Peruana

INFORMES:

Sociedad de Investigación Educativa Peruana

revista@siep.org.pe

www.siep.org.pe